

Del Pensamiento Sociológico Actual

La Sociología y el Método Psico-Analítico

*Por Gregory ZILBOORG, M. D.
De The American Journal of Sociology.
Traducción de Oscar T. Richter.*

Después de que la Sociología de Augusto Comte se alejó de la filosofía pura, tomó posesión del positivismo comtiano y se hizo cada día menos política y más social, en el más amplio sentido de esta palabra. Su influencia en los aspectos políticos estructurales de la sociedad, fué disminuyendo a medida que se daba mayor énfasis a las expresiones de franca animosidad en contra del Estado (Spencer). Aunque puramente teórica, esta animosidad iba acompañada de un desprecio cada vez mayor de los problemas puramente políticos. La tradición filosófica avanzó con lentitud durante cierto tiempo, particularmente en Alemania, bajo la máscara de filosofía de la historia (Paul Barth), pero en lo fundamental, los sociólogos se iban preocupando cada vez más por los problemas de la vida social, por las leyes que gobiernan el origen y el desarrollo de la misma, y por las transformaciones del hombre como elemento de la sociedad.

La sociología como un sistema de análisis y como una síntesis del funcionamiento social, ha tenido que enfrentarse con el hecho de que tiene que estudiar una materia muy compleja, sin contar con una metodología definida y suficientemente específica; y tiene que recurrir a otras ciencias para formular sus conclusiones. La geografía y los estudios demográficos, fueron la base de la sociología en embrión del siglo XVII. Hacia los comienzos de nuestro siglo, alcanzó un punto de desarrollo tal, que se le hizo necesario escoger una dirección básica.

La antropología presentaba un material muy valioso, pero no ofrecía un encadenamiento sistemático apropiado, con los problemas que la sociología quería resolver. Los viejos antropólogos eran demasiado descriptivos, los modernos aunque más psicólogos en su orientación (Lévy-Bruhl, Niewenhuis) gravitaban

hacia la teoría pura. Esto naturalmente, no satisfacía a los sociólogos, que desde la generación pasada, se han embarcado en la investigación de lo dinámico en vez de estudiar las formas que presiden la vida social del hombre. Como sucede a menudo en la historia de los sistemas científicos, la dirección tomada fué monística, a pesar de que el individuo dedicado a las ciencias sociales, conscientemente repudiaba cualquier predilección por una filosofía monística. La sociología buscaba un solo método de investigación y una solución única para sus problemas. Y fué entonces cuando sobrevino un corto período, en el cual la biología dominaba el pensamiento de los sociólogos. La sociedad se concebía como un gigantesco animal compuesto de células (los seres humanos), un animal sujeto a todas las leyes orgánicas y biológicas (Novicow, Lilienfeld, Worms). La biología llevó a la sociología a algunas ingenuas conclusiones, de ninguna utilidad, no pudo explicar la mayor parte de los fenómenos sociales, y encaminó sus soluciones hacia el darwinismo, tales como la selección natural y la supervivencia del más apto.

El movimiento que después influyó en la sociología, fué el del materialismo histórico o determinismo económico. Este sistema de ideas trajo un gran consuelo a los intrigados sociólogos. El rápido desarrollo de la civilización industrial impuso desde luego en los intelectuales la conciencia de la interdependencia de los individuos, de las ciudades, de los estados y de los hemisferios, y subrayó la importancia de los problemas económicos. El determinismo económico parecía dar una explicación de los problemas sociales como las guerras, las huelgas, y aun hasta del pasado como la Revolución Francesa, y las guerras napoleónicas, la conquista de Constantinopla, la Italia de Marco Polo y el Dante. Máximo Kovalevsky escribió su historia del capitalismo entre los pueblos primitivos; y aunque era un positivista y un comtiano y partidario del parlamentarismo y de la monarquía democrática, estaba sin embargo bajo la influencia del materialismo histórico. Kelles-Krauz trató de utilizar los conceptos de Kovalevsky para construir una sociología determinista estrictamente económica, conservadora y casi imperialista, y Enrico Ferri se desposó con la causa del socialismo. El determinismo económico había llegado a ser *la última ratio* del desenvolvimiento social.

En el fondo de estas dos corrientes principales del pensamiento, la puramente biológica y la puramente económica, se distinguían aún los restos del sistema ético-filosófico de Comte, pero el elemento principal era el de una nueva aunque todavía difusa orientación, que era la de la psicología. En menos de veinte años un gran número de profundos y brillantes pensadores sociológicos, han tomado este sendero y han ganado mucho terreno: George Simmel, Emilio Durk-

heim, Gabriel Tarde, Lester Ward, Franklin Giddings. A pesar de las muchas divergencias en sus puntos de vista, es característico en todos ellos, su tendencia hacia la psicología, como la fuente y la base de sus deducciones sociológicas. Se presenta entonces una situación por demás curiosa: se sentía en todas partes la necesidad de una psicología científica, y era obvio que la psicología fisiológica tradicional no podía suplir esta necesidad. El investigador sociológico se vió forzado a volver a caer en su intuición e ingenuidad; se tuvieron que crear términos descriptivos *ad hoc*, tales como Simmeliano, Durkheimiano, "solidarización de intereses" de Giddings, "conciencia de clase" y las "leyes de imitación y oposición" de Gabriel Tarde. Estos son bellísimos ejemplos de la inventiva terminológica. Muchos fenómenos que no habían sido estudiados, llamaron la atención de los estudiosos, y muchísimos fenómenos que habían sido pasados por alto, fueron descritos entonces cuidadosamente y apropiadamente sistematizados. Probablemente Gabriel Tarde hizo el mayor acopio de fenómenos sociales considerados desde el punto de vista psicológico, pero él como muchos otros sociólogos de su generación, no pudo menos que fracasar considerablemente en sus esfuerzos, debido a que no existía una verdadera psicología dinámica. La psicología de las masas de Le Bon y de Fouillée trata de la psicología de la chusma o del populacho, pero no se ocupa de una psicología social. El asociativismo de Wundt y sus diversos estudios fracasaron debido a la descriptiva y fisiológica tradición del pasado. En otras palabras, una psicología dinámica que trate de las fuerzas psicológicas, de sus constelaciones y funcionamiento en el individuo y en la sociedad, seguía siendo necesaria.

II

Y fué por este tiempo, al empezar el presente siglo que aparecieron los primeros estudios de Freud. Considerando la necesidad apremiante y manifiesta en todo el tenor de la literatura sociológica, es de sorprenderse que los puntos de vista de Freud no hayan penetrado más rápidamente, en el campo de las ciencias sociales. Los estudiosos americanos fueron mucho más receptivos a las nuevas ideas, que los de Europa, y la popularidad de Freud en los Estados Unidos atrajo la atención de muchas personas que no estaban dentro de los confines de la psico-patología. La sociología y la antropología americana empezaron a utilizar algunas ideas freudianas desde un principio y con gran entusiasmo. Por un momento pareció que la antropología y la sociología serían casi absorbidos; el antropologista cultural empezó a inmiscuirse en asuntos del dominio del sociólogo, y éste a su vez encontró cada vez más necesario el estudio de la dinámica de los

conflictos del instinto primitivo, y el estudio de la afinidad psicológica entre las culturas positivas. La historia de la influencia freudiana en el pensamiento moderno sociológico, es muy reciente para permitir una recapitulación, pero no está fuera de lugar hacer un resumen de sus éxitos y de sus errores.

Nuestra experiencia, a pesar del creciente interés en los conceptos freudianos fundamentales, no se extiende más allá del conocimiento definido de que ha nacido una nueva psicología, y que su aplicación para comprender el fenómeno social puede ser muy provechosa. Todo el concepto de las dinámicas de este fenómeno, está sufriendo un cambio profundo. En vez de la "inter-psicología" y la "psicología-sinergética" de Gabriel Tarde, que son apenas avances terminológicos, se han ofrecido hipótesis eficientes que tratan de los conflictos instintivos y su interacción. El fundamento psico-sexual de estos conflictos se va reconociendo gradualmente como un hecho básico. Los niveles del desenvolvimiento psico-sexual han sido delineados más o menos claramente; la base instintiva y psicobiológica del fenómeno económico se comprende mejor ahora; las relaciones de los impulsos sadomasoquísticos con la psicología y la conducta del grupo han sido dilucidados. Lombroso, hasta cierto punto, Enrico Ferri y Gabriel Tarde ya habían presentado que el criminal y el psico-patólogo desempeñan un papel social, y los estudios recientes de la psicología criminal han abierto nuevos caminos para la mejor comprensión de los problemas de la vida normal, de los castigos, de la penología, la jurisprudencia, la legislación y los delitos en general. Si consideramos el hecho de que el psico-análisis no ha alcanzado todavía sus cincuenta años de vida y que su gran influencia, particularmente en el campo de la sociología tiene apenas un cuarto de siglo, pudiera uno impresionarse demasiado y equivocarse la importancia del papel actual del psico-análisis y se podría hiperestimar la verdadera influencia de Freud en el desarrollo de la sociología. Es indudable que la fuerza potencial de la aportación freudiana en la sociología es casi incalculable, pero en su actual aplicación por las ciencias sociales, sería un error decir que la influencia freudiana ha sido aceptada en toda su extensión y con la debida pureza científica.

Hay dos razones principales en esta situación. Primero, a pesar de lo grande que es la influencia freudiana no faltan muchas objeciones, más poderosas que válidas y que han surgido dentro y fuera del psico-análisis. Su teoría de los instintos es para muchos todavía inaceptable, a otros les parece demasiado atrevida. Recientemente la voz de Karen Horney se ha sumado con aquellas que apenas le conceden a Freud la distinción de haber descubierto algo más que lo inconscien-

te y que ven en su teoría de los instintos más bien un obstáculo que una aportación para la comprensión de la conducta social e individual.

La cultura y el fenómeno social son presentados como factores, que en vez de explicarse sobre la base de la teoría de los instintos, se supone que ellos mismos son explicaciones de la conducta humana, refutando así, la principal de las hipótesis de Freud. La cultura y el fenómeno social son concebidos como compuestos unitarios, irreducibles aún hasta en el complejo, que requieren poco o ningún análisis y que presentan manifestaciones postulativas de la vida humana. Karen Horney no está solo en esta orientación. Antes que él, Adler, y de una manera más metafísica, Jung, fueron de la misma opinión. El Totem y el Taboo de Freud, su Hipótesis sobre la Horda Primitiva, su Psicología del Grupo, y su Análisis del Yo, no han sido digeridos suficientemente por el estómago conservador del pensamiento tradicional. Esta tradición pretende que Freud inventó un hombre primitivo imaginario y una sociedad primitiva imaginaria, y rehusa aceptarlos, por temor de tener que renunciar a su propio hombre y sociedad imaginarios. Los puntos de vista de Freud son objetados ya sea de esta manera, o bien por la hiperestimación ingenua del demasiado práctico eclecticismo. La tendencia de dar mayor énfasis a las "relaciones interpersonales", que pretende derivar de Freud, como por ejemplo, en el caso de Sapiro Sullivan, denota el mismo tipo de indefinido tanteo que llevó a Tarde a hablar de "inter-psicología". Se creó una psicología intersticial, no intra —pero inter— y extra-individual, la existencia de la misma es de naturaleza inconcebible, como lo es la circulación de la sangre fuera del sistema circulatorio del individuo.

La segunda razón del porqué la aplicación de las teorías de Freud, debe de hacerse con mucha precaución, es la siguiente: Porque Freud aplicó al fenómeno social los mismos métodos de investigación, que aplicó a las neurosis individuales, (El Porvenir de una Ilusión. La Civilización y sus Descontentos, y más reciente Moisés y el Monoteísmo), en muchas partes se ganó la impresión y se afirmó imperceptiblemente, casi como un postulado de que el fenómeno social puede considerarse como patológico y como normal o sano, y que el mismo criterio de salud y de enfermedad se puede aplicar a la sociedad, lo mismo que al individuo. Este paralelismo sólo es admisible como una figura de la retórica, pero nunca como un método científico. Las esquizofrenias sociales son tan imposibles como el cáncer social; una erupción del Vesubio no es un caso de incendio premeditado o de pyromania, cualquiera que sea el número de casas incendiadas; una balanza comercial desfavorable, no es una expresión de tendencia derrotista en una nación, como tampoco una balanza favorable, es la expresión de un hedo-

nismo narcisista. Freud nunca intentó reducir su método de paralelismo a un absurdo metodológico en la sociología. Y tampoco intentó crear la aparente ilusión generalizada, y la idea utópica, de una sociedad compuesta de individuos sanos psicológicamente, que sería también una sociedad sana psicológicamente, libre de crisis, luchas, guerras, revoluciones, depresiones económicas y rivalidades políticas. Esta tendencia ha tenido cierta articulación por ejemplo en los escritos de Lasswell, y existe en forma menos articulada, pero como fuerza potencial dentro del pensamiento de aquellos sociólogos, que han aceptado algunos principios de la teoría freudiana. Esto no se puede impedir, pero debemos de considerar estas manifestaciones de la influencia de Freud, como fenómenos pasajeros. Son el resultado de un desenvolvimiento demasiado rápido de las ideas. Un cuarto de siglo, es un período de tiempo muy breve para que eche raíces una hipótesis científica, y para que dé brotes suficientemente vigorosos, que hagan crecer la maleza y las raíces que la alimentan y la fijan en el suelo.

III

Sin embargo, desde el punto de vista del análisis científico y de la síntesis, la infiltración de las ideas psicoanalíticas dentro de las ciencias sociales, no ha sido suficientemente productiva, sería un error aceptar que esto se deba a alguna singular ineptitud del sociólogo, o a cierta cualidad esotérica y recóndita del psicoanálisis. Por el contrario, la sociología parece estar suficientemente madura, para adoptar los métodos de la ciencia psicológica contemporánea, y esta última posee ya, cierta riqueza de datos empíricos y una serie de hipótesis científicas bien sistematizadas. El obstáculo que impide una cooperación más productiva, parece ser un error metodológico que se basa en la casi inconsciente ecuación de las características psicológicas individuales, con las de la sociedad. No importa el número de palabras con que se exprese la ecuación, la suposición parece hacer prevalecer, que las reacciones sociales del individuo son el criterio directo para las reacciones de la sociedad como un todo, y que la conducta civilizada y sana, presenta un refinamiento directo y total, de los impulsos antisociales del individuo. La suposición es de lo más engañosa, porque es correcta hasta cierto punto. Hasta donde se refiere al individuo, refleja uno de los descubrimientos fundamentales del psicoanálisis, pero en lo que se refiere a la sociedad no presenta un cuadro completo.

Con el objeto de entender los principales aspectos del fenómeno social, los diversos mecanismos y procesos deberán determinarse con propiedad. La repre-

sión, el desplazamiento, la formación de una reacción y substitución por la reacción opuesta, son importantes y todas entran en función en la organización de la conducta social, o para decirlo con más precisión, en la conducta socializada. Se notará, que este mecanismo está dirigido en contra del instinto, o del objeto del instinto. La represión quiere deshacerse del impulso instintivo, trata de abolirlo. El desplazamiento, intenta desviar el impulso del instinto del objeto. Se considera impropio e indigno, que uno ataque a su padre, pero no es indecoroso que a uno le disguste el jefe de una compañía, o el presidente de un banco. La formación de la reacción, trata de negar la naturaleza misma del impulso instintivo. No es aceptable para nosotros, admitir que odiamos a nuestros padres, a nuestros mayores, y que deseamos (inconscientemente) disponer de ellos, de la misma manera sumaria, que ciertos pueblos primitivos emplean, matando por lo común, a sus ancianos padres. Nosotros no solamente reprimimos este deseo, sino que transformamos sus manifestaciones en lo contrario y nos convertimos en fervientes partidarios de la prolongación de la vida ad infinitum, de las pensiones para los ancianos, y de un cuidado interminable para con los seres humanos en la senectud.

Los no iniciados pueden tener la impresión de que este mecanismo, hace que el instinto quede abolido de alguna manera misteriosa y sencilla. Se pasa por alto el hecho de que los impulsos instintivos, como cualquier otra forma de energía, no pueden ser abolidos, y que una represión absoluta de los mismos, traería automáticamente consigo, la muerte psicológica u orgánica de la personalidad. Por muy bien que se reprima un impulso instintivo, siempre queda una fuerza dinámica en lo inconsciente, que sin miramientos de los deseos conscientes del individuo y de sus reacciones represivas automáticas (también inconscientes), busca y demanda expresión y se hace presente de mil maneras. Tarde o temprano en una o en otra forma, queriéndolo o no queriéndolo, a sabiendas o no, el individuo permitirá o encontrará una salida para la corriente instintiva. Hay muchas maneras de las que se vale el impulso instintivo, para salir del substratum en que lo ha colocado la represión. Probablemente la forma más simple, desde el punto de vista de la corriente instintiva, y también la más conveniente, es la del mecanismo del desplazamiento. En este caso la expresión de la corriente es casi completa y no se adultera; simplemente se desvía de un objeto prohibido a uno más socialmente aceptable. Cuando se nos hostiliza, por ejemplo, podemos desquitarnos, maldiciendo a Hitler, o denunciando a Mussolini. De esta manera todo el rencor que hubiéramos acumulado, en contra de los que no nos atrevemos a atacar, encuentra salida sin peligro para nosotros. De-

bemos recordar, sin embargo, que en determinadas circunstancias, el mecanismo de desplazamiento no puede operar, y el instinto tiene que encontrar otra manera de hacerse presente. Pero nunca se pierde, ni se le puede tener condenado dentro de nosotros, bajo cierta tolerancia. Si el instinto es de naturaleza agresiva, y si en nuestras relaciones personales y sociales, no nos encontramos nunca libres de corrientes agresivas, es importante recordar, que no siempre tenemos un Hitler o un Mussolini que puedan servir como útiles objetivos para el desplazamiento de nuestra tensión acumulada. Más aún, no todos los individuos están suficientemente sensibilizados, al fenómeno puramente político, para que les pueda servir en el proceso del desplazamiento. Otros métodos inconscientes tienen que entrar en juego. Entre ellos es de particular importancia para el sociólogo, el que Freud describió bajo el nombre de la reaparición del impulso reprimido. Este mecanismo, es con frecuencia pasado por alto por los sociólogos, omisión que hace que el ensayo psicoanalítico de la vida social, sea confuso y no comprensible. Ferenzi nos cita un ejemplo metapsicológico, y menos realístico de este mecanismo.

En la persona llamada normal, existe una tendencia siempre inconsciente, de volver a la quietud del estado prenatal, un deseo de regresar a la existencia intra-uterina. Las fuerzas vitales no permiten este privilegio. A menos que uno escoja, el provocar un estado de estupor, de echarse aparentemente inconsciente, en una posición de flexión universal (como en la catatonía) y en ese estado de inercia percibir la sensación placentera de estar rodeado de agua, como sucede en los casos de estatonía, pero uno debe de seguir viviendo, haciendo cosas, respondiendo a los demás y recibiendo las respuestas de los otros. ¿Qué le pasa a la tendencia de la vida intra-uterina? A pesar de estar dominada e inconsciente, sigue exigiendo reconocimiento. Y parece que no le prestamos atención; estamos muy ocupados inventando teléfonos, telégrafos, planes para economizar trabajo, toda clase de proyectos que nos permiten dificultar las cosas fácil y rápidamente, y aun sin ningún esfuerzo. Imaginémonos que este proceso de inventiva llega a su fin lógico e ideal. Todo está ya hecho para nosotros. Desde el encabezado del periódico, que nos evita el tener que pensar, hasta el timbre eléctrico que responde a todas las necesidades, nos ocupamos únicamente de las cosas que nos permiten vivir en un mundo en que no se necesita esfuerzo alguno, y con un mínimo de trabajo mental, un mundo arreglado de tal modo, tan civilizado, tan bien eficientemente organizado, que vivimos felices sin hacer nada —como si fuese un mundo intra-uterino—. El impulso reprimido de volver a este mundo, desempeñaría un papel importante y sería el

amo. La frustrada tendencia se introduciría de contrabando, en el complejo tecnológico de nuestra civilización, y controlaría su dirección.

No todas las manifestaciones de la reaparición del impulso reprimido son inocentes y creadoras, examinemos por ejemplo, el impulso de matar. Al individuo que vive bajo la presión de fuertes impulsos homicidas, se le presentan en su vida personal, pocas o ningunas ocasiones, para dar salida a esas corrientes. Podrá pescar o cazar o ser un ayudante eficiente en un matadero, pero si se le inhibe demasiado, puede desarrollar una depresión patológica, y suicidarse. Estas selecciones instintivas y automáticas son muy poderosas para ciertos miembros de la sociedad civilizada. La mayoría de las gentes deben de reprimir sus impulsos criminales con la mayor eficiencia posible, vivir de acuerdo con el principio de "ama a tu prójimo como a ti mismo", y esperar inconsciente pero ardentemente una oportunidad civilizada y decente, de que los impulsos criminales tengan una salida al exterior, en una forma aceptable. La sociedad debe aparecer solamente como el agente que reprime los impulsos inaceptables, ya que es la adaptación natural del hombre a sus conflictos psicológicos, la sociedad misma ofrece estas oportunidades. Viene una guerra, o unas elecciones violentas, y todos los ciudadanos son invitados a tomar parte activa en el negocio del odio, de la destrucción y en el dominio triunfal sobre el enemigo aniquilado. La sociedad, la nación, la raza, el Estado se hacen cargo de la función del asesinato, y permiten al individuo tomar parte directamente en la santificada y sancionada función de la destrucción y de la matanza, con los mismos resultados para la economía psíquica e individual; el impulso reprimido reaparece y es vivido abiertamente, aloplásticamente por acciones, y no autoplásticamente mediante síntomas. De aquí, que la función de la antigua tradición de las ejecuciones públicas, sea psicológicamente comprensible. Por supuesto, se puede argüir que las ejecuciones, las guerras, y las revoluciones son excepcionales, que son fenómenos cataclísmicos, que una sociedad bien ordenada no ofrece con frecuencia semejantes salidas espectaculares, para los deseos de matar acumulados en el hombre. Esto es verdad. Una sociedad bien ordenada no recurre exclusivamente a estas salidas, pero debe de dirigir siempre los impulsos del hombre; debe de cierta manera presentar una arena o circo, en donde todo aquello que está prohibido por la ética y la civilización pueda explayarse, exhibirse y hasta premiarse.

No es mi deseo sugerir, que en nuestra tendencia hacia los conceptos antropomórficos, se vea a la sociedad civilizada como provista de una inteligencia extraindividual y de un deseo "interpsicológico". Pero en toda función humana

(ya sea psicológica o puramente fisiológica) la sociedad acepta una forma, o una organización que por su naturaleza viene a llenar una necesidad de la existencia social. El hombre no puede renunciar a ella, como tampoco puede renunciar a su estómago o a su hígado. El funcionamiento de la civilización se determina en virtud de la función que representa y por lo tanto es protegida y preservada con gran diligencia y fervor por todos los individuos. Hasta el anarquista, que aparentemente quiere destruir a la sociedad y el criminal profesional que la desprecia y la provoca, aun estas personas ostensiblemente antisociales se congregan en grupos de individuos que piensan igual, a pesar de sus actitudes conscientes, primeramente se convierten en seres humanos sumamente sociables. Se unen por medio de códigos y de principios; se guían por sus propias leyes de conducto y administran su propia justicia. Este proceso en sí mismo, es otra manifestación de la reaparición del impulso reprimido.

Toda sociedad o cultura representa la función cristalizada de las fuerzas represivas de la mayoría de sus miembros, y por lo tanto debe, psicológica e inevitablemente, proveer de salidas adecuadas a los impulsos reprimidos de sus miembros, de lo contrario se hace funcionalmente inútil. Dentro del campo puramente teórico, la sociedad por definición debe de satisfacer estos requerimientos. Volviendo al campo de la realidad, nos preguntamos a nosotros mismos, si la sociedad actual provee de salidas a la reaparición del impulso, nuestra vida social nos responde prontamente: si lo hace. Tomemos por ejemplo, el caso del hombre que es un padre muy bondadoso y considerado, orgulloso de sus hijos y ansioso de darles una buena educación, sensible a los valores estéticos de nuestra cultura, un verdadero y generoso Mecenaz. Uno escucha decir con frecuencia: "quién había de pensar que este hombre tan bueno y decente, fuera tan ordinario en los negocios, tan brusco con sus empleados, tan sin corazón con sus competidores, y tan cruel con sus oponentes políticos". El contraste del hombre en el hogar y en los negocios aparece primeramente como una incongruente anomalía, como un imposible. Sin embargo, si consideramos a este hombre en los negocios, como en el terreno más conveniente en que la sociedad le permite practicar sus casi sádicos impulsos, el caso aparecerá más razonable. Si todos los impulsos de sadismo se viesan bloqueados, el hombre se vería arrojado al nivel autoplástico y se sentiría deprimido. El racionamiento de que los "reveses financieros" lo hubieran puesto triste y lo hubieran hecho desgraciado, no resistiría la prueba científica del análisis psicológico. Como su carrera era su verdadero desahogo no es la pérdida del negocio en sí lo que lo hace mentalmente enfermo, la causa se encuentra en la reaparición de su sadismo eternamente reprimido. Este se seguirá presentando continuamente, sin beneficio para el negocio. El sujeto se

verá compelido hacia la salida autoplástica e individual; probablemente intentará suicidarse. Empezará en sus relaciones con su mujer y sus hijos (una combinación de reacciones auto-aloplásticas), se volverá enojoso y desconsiderado haciéndoles sentir a ellos el resentimiento de su pena. En una palabra, presentará lo que se llama comúnmente un "cambio de carácter" y llegará hasta poner las manos en su familia con la idea patológicamente racionalizada, de que los quiere salvar de la ignominiosa miseria de la pobreza.

Desde el punto de vista psicológico, en nuestra existencia social se presentan una serie de estratos que nos permiten reprimirnos cómodamente en uno de ellos, siempre y cuando que el estrato adyacente nos permita estar cómodamente en libertad. Esta última posibilidad, debe naturalmente permanecer integrada con propiedad, lista en toda aquella parafernalia, de aquel código de la vida que nosotros seguimos en el estado de represión. Tiene que ser un negocio, una posición política, un puesto militar, o cuando menos una cátedra. Tiene que ser algo, que debido a su "alta consideración" y por el bien de la prosperidad pública, nos permita estallar, gobernar a nuestro capricho, matar, o cuando menos castigar despiadadamente a los estudiantes.

Visto desde este ángulo, el asunto parece muy sencillo, pero en realidad el problema del desarrollo social es muy complejo. Es imposible considerar actualmente a la vida social como un fenómeno maravilloso, guiado por el bondadoso destino llamado progreso, y obstruccionado solamente por los gnomos del mal, que se nos revelan bajo los nombres de injusticia, desigualdad, reacción o evolución. Cualquiera que sea el concepto que rij a una verdadera institución, el progreso social no se puede concebir, como un proceso en el que quedan abolidos los instintos humanos, ni siquiera algunos cuidadosamente seleccionados, porque la naturaleza no vive de principios, sino que depende del constante intercambio de las corrientes instintivas. En las pocas ocasiones en que Freud discutió estos problemas, siempre aconsejaba que había que evitar la confusión entre la existencia utópica que el hombre persigue conscientemente como un ideal, con la realidad de la civilización y de la cultura. En su correspondencia con Einstein, Freud nunca permitió que sus deseos por la paz entre los hombres, se convirtieran en una fantasía de imposible realización. Por eso se refería él siempre a los orígenes psico-biológicos de la guerra y reconocía su importancia funcional psicológica. Este punto es muy importante, no solamente porque presenta una deducción válida científicamente, sino porque ilustra un sacrificio interior de parte de los hombres dedicados a la ciencia social, que intentan ver la vida tal y como es. Los conceptos de Freud sobre la guerra y la paz, nos muestran la necesidad de dominar la tendencia de vivir a expensas de fantasías y de ideales. El esfuerzo de

observar el fenómeno social con claridad, a pesar de las fantasías personales, es una de las más trascendentes aportaciones del psicoanálisis. Es un esfuerzo similar, aunque no mayor, de aquel que tuvieron que hacer los hombres de ciencia, cuando empezaron a hacer la disección del cuerpo humano. El conocimiento de la anatomía, tuvo que ser adquirido por medio de la disección de los cadáveres. Hasta que se hubo divorciado el hombre del miedo a la muerte, y a la inmortalidad, pudo hacer la disección científica del cuerpo humano. Ciertamente que el miedo a estas fantasías no puede borrarse del todo, pero si no se hubiera logrado cierto grado de independencia, la anatomía no se hubiera nunca aprendido ni enseñado. La comparación que hacemos con la anatomía, no es accidental. Porque el psicoanálisis lo mismo que la anatomía, son estrictamente ciencias descriptivas. La psico-dinámica se encuentra aún en el período descriptivo. El hecho de esforzarnos por comprender la civilización humana, tal y como se manifiesta en la actualidad, no implica una injuria a nuestras inclinaciones ético-idealistas, y en cambio se hace un gran servicio a la ciencia.

Podríamos agregar muchos ejemplos, al caso de nuestro impulso de matar, de que hemos venido hablando. El hombre común, por ejemplo, considera la política como un "negocio sucio", y los ciudadanos en su vida privada califican a los políticos de buenos o de malos, según el criterio corriente; en lo personal, nos está prohibido mentir o injuriar, lo mismo que robar y que traicionar el secreto de un tercero. Los impulsos prohibidos están debidamente reprimidos en el individuo honesto, quien condena por lo tanto, la insinceridad de la diplomacia profesional, y participa en la exhibición constante de las virtudes, de la grandeza y de la misión histórica de la nación, de la raza o del estado a que pertenece. Aunque John Doe quisiera declarar, que él es el hombre más grande de la tierra, se manifiesta modesto, reprime su megalomanía infantil y su sentido de omnipotencia, hasta que le es permitido, debido a varias eventualidades, el decir: "nosotros los alemanes, o nosotros los franceses, somos los salvadores de la civilización; tenemos una gran misión que cumplir, una misión de la que solamente nosotros somos capaces. Con el objeto de cumplir esta misión, es bueno espiar a nuestros enemigos, robar sus secretos militares y sus planes comerciales, y hacer de ellos el uso que mejor convenga".

Podemos decir, sin temor de exagerar, que no hay un solo impulso prohibido que nuestra civilización no acomode, en virtud de su propia naturaleza y por medio del proceso de la misma civilización. Consecuentemente, tiene uno que llegar a una conclusión paradójica; debemos de estudiar, para mayor seguridad, al individuo en sociedad, con el objeto de comprender a la sociedad como un todo, de comprender las dinámicas de la vida social y de la cultura, no

debe uno guiarse por las características de las reacciones del individuo socializado, sino por los desahogos que la sociedad ofrece a la reaparición del impulso reprimido, y las expresiones más que las represiones, de las corrientes instintivas. La civilización no se mide por la represión en lo individual, sino por aquello que se premia después de la represión. Vemos ahora con claridad, el porqué la ecuación entre las dinámicas sociales y la suma de los resultados de las dinámicas psicológicas del individuo, fueron calificadas al principio como un error metodológico. Si se comprenden con propiedad las hipótesis fundamentales del psicoanálisis, los que se dedican a las ciencias sociales deberán de ocuparse del estudio, de cómo una civilización acomoda y da expresión, a todos los impulsos que en la vida privada son considerados, como antisociales.

No es necesario decir, que la reaparición del impulso reprimido, no es el único mecanismo fundamental que sirva de base a la conducta social y al desarrollo de la cultura. Es sin embargo, probablemente el más importante de los puntos del desarrollo de una metodología psico-analítica en la sociología. Hay todavía mucho que decir acerca de este mecanismo, así como también acerca de otras aportaciones de Freud, al pensamiento sociológico, pero para no alargar demasiado nuestro artículo no hablaremos de ellas. Con riesgo de incurrir en una repetición, deseo sin embargo, subrayar este punto con el objeto de evitar posibles confusiones el único ensayo para comprender y utilizar provechosamente la metodología sugerida por nosotros, es el de descartar completamente los conceptos evaluativos preconcebidos. De otra manera, experimentaríamos en forma aguda, lo que se ha dado en llamar el "malestar de nuestra civilización". Causará por ejemplo, una sensación de pena observar la reaparición del impulso reprimido, sin limitación alguna, como sucede actualmente en Alemania, por temor de que se pudiera pensar que ésta es una forma ideal de la vida civilizada. Más aún, hay una diferencia entre los desahogos ofrecidos a la reaparición del impulso reprimido, por medio de la conservación de la sensación de libertad en la conciencia individual y las salidas ofrecidas como una compensación por la pérdida de esta sensación en la conciencia individual. Una civilización que forza al individuo a reprimir hasta el último extremo su sentimiento de importancia, es naturalmente inestable, no está bien integrada y muy expuesta a un cataclismo. Esto ha sido característico en la civilización europea desde mil años antes del Renacimiento, y durante un período de levantamientos que siguió a la Reforma hasta la Revolución Francesa. A pesar de las manifestaciones exteriores de fuerza, la misma inestabilidad se puede percibir claramente en la cultura actual. El descontento natural, perjudica al pensamiento sociológico hasta el último extremo. El cambio continuo de las condiciones trae con-

sigo dificultades para el estudioso, cuyo éxito depende en conservar la actitud independiente de la ciencia descriptiva y resistir la fascinación de las potencialidades prácticas de su conocimiento psicológico. Como resultado del descuido de este principio, nos vemos arrastrados por el torbellino de la creación de teorías sociales y de métodos científicos, que se supone pueden curar los males sociales. Tales sistemas necesitan de un cuerpo rico en datos empíricos, de que no se han podido proveer, dado que la sociología psico-analítica, carece aún de una metodología propiamente desarrollada. Nadie está tan al tanto de estos hechos, como el mismo Freud. Pues aunque hizo numerosas excursiones en el campo de la sociología y de la psicología culturales, nunca sucumbió a la tentación de ofrecer panaceas.